

EL GORDO VALENZUELA

Alfonso Chacón (COSTARRICENSE)

Lo confieso: yo maté al gordo Valenzuela. No fue por odio, inquina, ni siquiera desprecio: el gordo Valenzuela era mi compinche y, para quienes lo vean fría y objetivamente, él nunca hizo nada que justificara mi acción. Digo, no hizo ninguna de esas cosas que los mejores amigos a veces perpetran, como acostarse con nuestra esposa y, aún si lo fuera, quien estaría muerta sería mi mujer por culpa de su mal gusto, porque quien siquiera pensara en acostarse con el gordo Valenzuela no merecería vivir. En fin, anoto esta digresión no para que piensen que huyo del meollo del asunto, sino con la intención de aclararles que mis motivos para semejante magnicidio circunférico no puede recibir otro calificativo—no pertenecen a los comunes sentimientos ruines que motivan la violencia humana. No, mi acto puede decirse que vino desde el fondo de mi corazón, en forma de piedad, quizás de amor. Yo maté al gordo porque lo quería, ¡Putá, era mi mejor amigo! Y por eso lo maté, porque su esférica figura me inspiraba el más profundo de los afectos que jamás sintiera yo por nadie. Sí, mi acto fue un acto de amor, algo quizás enigmático para la gente común, que no comprendería el sufrimiento que me causó acabar con la mirada siempre hambrienta de mi querido gordo, por su propio bien.

Yo nunca tuve muchos amigos. Quizás mi natural reticencia, mi timidez remarcada, mi desconfianza en el prójimo... ¡Qué se yo! Fue la mía una adolescencia metida entre libros y noches solitarias. Nunca, siquiera en mis sueños más irrealizables, imaginé encontrar eso que llaman alma gemela, hasta el día que columbré el andar bamboleante de esa masa carnosa acercándose a mi escritorio en la oficina y hacerme la más simple de las preguntas:

—¿Sabe usted dónde queda el baño?

¡Ahh... Mejores versos jamás han iniciado una amistad! En ese instante yo supe que el gordo y yo seríamos cuates para la eternidad y, aunque él reaccionó con extrañeza ante mi decisión de guiarlo personalmente hacia los sanitarios, prestándole inclusive mi propio rollo de papel -ante la sempiterna ausencia en los baños de las oficinas

públicas de este aditamento de limpieza corporal- ya de regreso el gordo y yo reíamos nuestro fortuito encuentro en carcajadas de solidaridad espiritual. Con esto no quiero dar a entender que nuestra relación brotó espontáneamente: ¡Qué va! Hubo de intervenir con más fuerza el azar y obligar al gordo a visitar mi oficina cuatro veces más ese mismo día, en busca de solución para sus contratiempos estomacales. En el intermedio de visitas descubrí que mi futuro amigo sufría la fila para obtener alguna licencia o permiso oficial de esos que generalmente damos en las oficinas del gobierno. Fue una sorpresa entonces el que coincidiera mi salida del trabajo con la finalización de los trámites de aquél: nos topamos en el rellano esperando el ascensor, lo que, tras un par de comentarios inanes, motivó de parte del gordo la confesión sobre el causante de sus urgencias digestivas:

—Exceso de salsa de hongos en los espaguetis.

Luego fue el alivio de la risa libre y sincera y un apretón de manos en el umbral del edificio, y una despedida que me amargó un poco ante la breve vida que había tenido nuestro encuentro.

Sin embargo, el día siguiente percibí al gordo en la misma fila y, si bien esta vez no hubo necesidades fisiológicas de por medio, sí un par de comentarios nos cruzamos, las veces que salí de mi cubículo. La situación felizmente se repitió por varios días. Resultó que el gordo se dedicaba a gavilán, es decir, vendía campos en la fila. Llegaba a primera hora, se formaba en la larga hilera, y luego mantenía su lugar, hasta que algún urgido aparecía dispuesto a adquirir el sitio -por lo general ya cerca de la ventanilla- que el gordo ocupaba, a cambio de una suma inversamente proporcional a la distancia que separaba al vendedor de la meta final. Hecha la transacción, el gordo volvía a formarse al final de la cola, y el asunto se iniciaba. Así, en cierta manera, resultó que el gordo y yo éramos compañeros de labores: servidores públicos.

Pues bien, la cuestión fue que el gordo Valenzuela y yo nos hicimos amigos. Luego del trabajo, invariablemente, lo invitaba a comer algo -el pobre apenas ganaba para tres magras comidas diarias, me confesó una vez, sin contar por supuesto el desayuno que le daba su mamita y la cena nocturna donde su abuela. Me resultaba casi delicioso el sólo contemplarlo afanarse sobre un plato gigantesco de chow mein, o embarrarse los dedos con cuatro oleosas pechugas de alguna pollería. Luego nos metíamos a alguna cantina, y cerrábamos la jornada entre cervezas, chistes, boquitas de chicharrón y frijoles blancos con chanchito, que siempre pagaba yo. Esto último, dejó constar que nunca se trató de un chovinismo oculto o de mera prepotencia por saberme de clase superior a mi dulce gordo. ¡Qué va! Era mi forma de agradecer al destino el tener por fin un amigo. Yo de verás sentía que mi aprecio por aquel mastodonte de trescientas noventa libras era proporcional a su contextura. ¡Ay, gordo! ¿Por qué tuvo que

pasar lo que pasó? ¿Por qué me obligaste? En fin, lo hecho, hecho está y, en cierta forma, todo es el resultado lógico de nuestro apego. Al gordo lo maté con mi corazón hecho trizas, sabiendo que tanta amistad sólo podía pagarse de esa forma: otra cosa hubiese resultado en el fin de nuestro compadrazgo. De todas formas, yo sé que, allá arriba, el gordo me escucha y me comprende: no necesito nada más...

En fin, remontando el hilo, nuestra relación se fue cimentando con la fuerza irrompible del acero: yo era capaz de lo que fuese por el gordo, y sé que el sentimiento era mutuo. Lo convidaba a comer, a beber, hasta a un burdel una vez, donde con dificultad, conseguí que una señorita estretuviese a mi amigo (tiempo después me confesó el gordo la triste verdad de aquella noche que yo juzgué triunfal para mi compinche: la sesión ni siquiera pasó de una breve atención bucal por parte de la contratada, siendo que la chica se negó a dejarse montar por alguien con semejanmte corpulencia y aquí, si me disculpan otra digresión, puedo probar mi punto, porque si yo fuera un asesino común y corriente, hoy la asesinada sería la chica que rompió el frágil orgullo masculino de mi amigo). Pero me desvió de nuevo del asunto. Como decía, el gordo y yo éramos inseparables, hasta el día del funesto préstamo. ¡Oh vil dinero! Cómo me dejé atrapar así, no lo comprendo, ¡Por pinches mil colones! Si acaso cuatro dólares en moneda dura. Pero, en realidad, este es el quid del asunto, lo que motivó la prematura e infausta defunción de mi querido compadre, y por eso, aunque su relato me signifique desgarrarme el corazón de nuevo, me siento en la obligación de contar lo sucedido, para aclarar mis motivos:

Una noche, después de un día bastante ofuscado para mí con asuntos de trabajo, decidimos el gordo y yo beber un par de tragos en una cantina cercana, antes de separarnos. Ese día todo me había resultado particularmente molesto y, como una especie de amarga premonición, no me sentí muy contento con la natural alegría del gordo.

—*¡Pues sí, hombre, hoy me fue de maravilla: vendí quince puestos!*— me dijo al entrar a la cantina, mientras se palmoteaba con fruición el bolsillo de su pantalón de tensas costuras. Había mejorado la eficiencia de su método en un doscientos por ciento: se formaba en la fila un rato, luego, cuando ésta había crecido, le solicitaba al que estaba detrás suyo que le cuidase el campo —alguna excusa insulsa bastaba— y volvía formarse al final. Un rato después repetía la operación, pedía a otra persona que le cuidase el nuevo sitio y volvía atrás. De vez en cuando, se paseaba por la fila, verificando que quienes cuidaban sus puestos lo recordaran. Luego introducía a los compradores, los presentaba como un familiar a quien él le había hecho el favor de formarse, triquiñuela inocente para evitar suspicacias y enojos de los que guardaban la fila con paciencia. De esta forma lograba a veces llevar hasta cuatro sitios simultáneamente, sobre todo cuando la fila era larga, lo que impedía que lo pillaran sus múltiples ingenuos

colaboradores mientras el gordo pasaba de sitio en sitio en la fila, listo para interceptar a los tipos de facha importante, con maletín ejecutivo, generalmente clientes potenciales que preferían comprar los campos del gordo que pasar el día entero haciendo cola.

En fin, ese día el negocio le había marchado de primeras al gordo, y yo me alegraba, en serio. Era sólo que a mí... en fin, no sé, algo rondaba el ambiente y me incomodaba. Tras un rato de conversación insulsa, mientras comentábamos la recién pasada final de fútbol, con cuatro botellas de cerveza vacías al frente, se nos acercó un chico vendiendo chicles. Yo, por naturaleza enemigo del mal aliento, saqué de inmediato mi billetera y descubrí, para mi sorpresa, que estaba vacía. Un sudor frío me heló la nuca, un temblor se apoderó de mis manos.

—*¿Qué te pasa, hombre?*— dijo el gordo, extrañado ante mi mutismo. Sin saber lo que hacía, me limité a mostrarle la vergüenza de mi billetera despojada. Fue el inicio de la tragedia.

—*¡Hombre, no te preocupés! Hoy, yo invito*— afirmó entonces el gordo, mientras sacaba un arrugado billete de mil.

—*Macho, páguese las cervezas... y del vuelto páguele al niño una cajetilla de chicles para mi amigo*— gritó el gordo hacia la barra, a pleno pulmón, apagando el merengue estridente del tocacasetes y el barullo de los circunstantes. Casi de inmediato todas las miradas del establecimiento se clavaron en mi cara, o al menos eso sentí. Apenas fui capaz de tomar la cajetilla de las manos del niño; no pude sostener el enfoque de sus ojos terrosos, mientras sentía como, a mis pies, el piso se desfondaba bajo el peso de mi humillación pública y notoria.

—*¡Ay, gordo! ¿Para qué lo hiciste?* No es que mil pesos estén pegados del cielo. Al día siguiente te pude haber pagado, eso es seguro. Yo tenía un buen puesto, digo: ¡mucho mejor que de vendedor de sitios en una fila! Pero la deuda, esas mil unidades de algo simbólico, no sería nunca la misma, precisamente porque el símbolo ya era otro, completamente, años luz más lejos del momento en que ese billete me puso en ridículo, me hundió en la ignominia de la deuda eterna. ¿Me explico? Tal vez no sea claro, no sé. Yo mismo no alcanzo a comprenderlo. La gente pensaría que si yo podía pagar, asunto resuelto. Además, si yo había invitado en tantas ocasiones al gordo, era justo que él me correspondiera de alguna manera. Pero quienes así piensan actúan movidos por la natural frialdad que aqueja a los humanos, motivados siempre por la utilidad provechosa, por la intencionalidad. Esos mil colonos no eran más que una estadística, una fría cifra como el millón de muertos de Stalin, y aún así hubiera sido un millón de pesos la cosa hubiese sido diferente, porque un millón si que yo no los podría haber pagado y por lo tanto, no hubiera existido motivo de embarazo. Sin embargo, mi caso era distinto, muy distinto.

Me alejé del gordo. Dejé de verlo. Las cosas ya no podían ser

las mismas: ese sórdido momento hundió nuestra relación en el fango ordinario de la amistad mutuamente provechosa. Simplemente, ya no podía mirar a la cara al gordo. Por su parte, yo sabía que aquello también le dolía y le causaba extrañeza: sentía a diario su pesar mientras me lanzaba miradas desconsoladas desde sus puestos en la fila, preguntándome con sus ojos la razón de mi alejamiento a la vez que rotaba de lugar en lugar, orquestando su negocio. ¡Era un alma inocente carcomida por la incertidumbre! Por eso urdí su muerte, para acabar con su sufrimiento. ¡Si hubieran visto aquel rostro inflado cuando, después de un mes de alejamiento conspicuo por mi parte, lo invité a venir a mi casa!

—*¡Claro mae, con mucho gusto!*

Nunca sopechó nada, vino tras de mí como el perro falderillo tras del amo y su hueso. Entró en mi casa y despatarró su tonelada en el crujiente sofá de mi sala. ¡Ay, qué dolor fue hacer lo que hice! Rebanarle el grasiento cuello mientras miraba la tele, cerveza en mano y un plato de chicharrones en el regazo. Por lo menos, feneció contento, hartándose. Y luego fue partirlo en trocitos y repartir su inacabable humanidad por enésimos rincones, yo sintiéndome como un Abraham a cuyo Dios no le hubiese bastado su intención de hundir el cuchillo en la carne de su carne. Así saldé mi deuda impagable, sabiendo que hasta el último momento de su cerosa vida, el gordo Valenzuela me consideró un amigo y no un tipo interesado, una amistad intencionada, alguien que no basaba su relación en el provecho sino en la entrega. Por eso maté a mi compadre, por eso acabé con su bobalicona sonrisa y su voz desvergonzada, antes que la deshonra del funesto préstamo destruyera la perfección que nos ligaba. A eso llamo yo amistad.